

Ensayo sobre una vida nerviosa
Essay about a nervous life

Por: Juan Manuel de Prada¹

Un profesor universitario amigo me confiesa desolado que una amplia mayoría de sus alumnos son por completo incapaces de leer un libro; y que, entre los pocos que afrontan su lectura, sólo un puñado puede comprenderlo.

Aunque **recomienda a lo largo del curso diversas lecturas que complementan sus apuntes, cuando llegan los exámenes comprueba que casi nadie ha seguido su recomendación**; y los pocos alumnos que le comentan los libros recomendados suelen ser pícaros que recopilan en interné cuatro reseñas birriosas, en un esfuerzo estéril por camelarlo. Pero nada ha conturbado tanto a mi amigo como un episodio que le aconteció recientemente: un alumno le solicitó permiso para grabar en vídeo sus clases; como mi amigo se resistía a aceptar, temeroso sobre todo del destino que luego pudieran correr tales grabaciones (que ya imaginaba divulgadas en youtube y, por supuesto, utilizadas para escarnecerlo), **el alumno le confesó atribulado que era incapaz de estudiar sus apuntes, porque apenas se ponía a leerlos perdía la concentración**. Sólo contemplando el vídeo de sus clases podía llegar a aprender y memorizar las lecciones. Asustado, mi amigo preguntó a su alumno cómo lograba, entonces, estudiar las demás asignaturas; y el alumno le confesó que mediante el mismo método, asegurando que por interné se pueden encontrar numerosos vídeos y presentaciones de PowerPoint que permiten ir aprobando a cualquier universitario remolón, aunque sea sin excesiva brillantez.

Mi amigo no es hombre abstruso ni alambicado; **se expresa en un español correctísimo, incluso levemente 'didáctico'**, y apenas recurre a las oraciones subordinadas cuando expone sus lecciones. Sucedió, sin embargo, que su alumno era incapaz de mantener la atención fija; era incapaz de entender los razonamientos más elementales; era incapaz de seguir el hilo de un relato escrito. Mi amigo se quedó perplejo y horrorizado ante su

¹ Juan Manuel Prada Blanco (Baracaldo, Vizcaya; 31 de enero de 1970) reputado intelectual español conocido como Juan Manuel de Prada, es un escritor, crítico literario y articulista español. Estudió Derecho, aunque se dedicó profesionalmente a la literatura. Obtuvo el Premio Planeta con *La Tempestad* el año 1997. Un par de años antes irrumpió en el escenario literario español con *Coños*, concitando la atención de lectores y críticos. Entre quienes le leyeron –y con quienes tuvo estrecha relación– estuvieron Francisco Umbral y Camilo José Cela. Desde las páginas de *ABC* con su columna provoca, paradójicamente, a quienes le leen tanto desde el margen izquierdo como los que se amontonan en la orilla derecha del escenario ideológico español. En 1998, la prestigiosa revista *The New Yorker* lo seleccionó como uno de los seis escritores menores de treinta y cinco años más importantes de Europa, junto a los alemanes Marcel Beyer e Ingo Schulze, a la francesa Marie Darrieussecq, al británico Lawrence Norfolk y al ruso Víktor Pelevin. Colaboró durante un breve periodo con el periódico *El Mundo*; escribe habitualmente en el diario *ABC* y tiene una columna en la revista *XL Semanal* titulada *Animales de compañía*

confesión; y **al principio no supo si expulsarlo de clase con cajas destempladas o concederle que grabase su lección.** Pero pensó que ambas soluciones eran improductivas; así que citó al alumno en su despacho, en un intento de comprender mejor las causas de su deterioro cognitivo. El alumno acudió contrito al despacho de mi amigo, como quien acude al confesionario, y en varias conversaciones le reconoció que toda su vida, desde que se levantaba hasta que se acostaba, estaba ligada a los diversos cacharritos y artilugios que le permitían mantenerse on line con amigos y allegados: **guasapeando, tuiteando, intercambiando vídeos, hablando por el skype, a veces con varios a la vez, en un intercambio excitante.**

Inevitablemente, el cerebro de aquel muchacho había acabado por acompañarse a esta vida nerviosa y aturdidora, entretejida de impresiones fugaces y asediadas de estímulos cambiantes. Su atención se había acabado convirtiendo en un pájaro enjaulado que salta a cada instante de uno a otro balancín, por no detenerse nunca a considerar que está encerrado. **Su repudio de la letra impresa era una consecuencia natural de ese aturdimiento;** no podía entender un razonamiento mínimamente complejo por la sencilla razón de que su cerebro se exasperaba tratando de hilvanar sus proposiciones, tratando de desentrañar el significado de sus palabras, y buscaba los mensajes inmediatos, netos, ramplones: las consignas, los apóstrofes, los enunciados más sencillos que le permitiesen saltar de inmediato a cualquier otra simpleza que irrumpiese, a modo de relámpago fugaz, en su cerebro. Todo ello envuelto en una especie de ansiedad eufórica, como si el acopio incesante de estímulos fuese la droga que su cerebro necesitaba para no perecer del todo, o para vivir esa vida sin poso ni reposo, sin cognición ni discernimiento, una vida a modo de incesante carrusel de novedades huidizas en la que no hay tiempo para leer, ni para meditar, ni para conversar, ni para rezar, ni para amar, ni para hacer ninguna de las cosas que hasta hace poco nos distinguían como humanos. **Una vida descerebrada y desalmada, ligada a una pantalla táctil, que tal vez sea el paso previo (y tal vez sin retorno) a nuestro internamiento en la trituradora,** allá donde formaremos la papilla humanoide que conviene a los nuevos tiranos.

Porque cada vez resulta más evidente que esta vida nerviosa es el cimiento de una nueva esclavitud, mucho más aberrante que ninguna otra que la haya precedido: una esclavitud de esclavos eufóricos, ansiosos de su droga, felices con su droga... ¡Y con título universitario!